

Blancanieves

Un día de invierno en el que los copos de nieve caían como plumas del cielo se encontraba una reina sentada junto a una ventana cuyo marco era de ébano. Estaba cosiendo. Y como se puso a contemplar la nieve mientras seguía cosiendo distraídamente, se pinchó un dedo con la aguja y tres gotas de sangre cayeron en la nieve. Y al ver tan bello el rojo sobre la nieve, pensó: «Si tuviese un niño tan blanco como la nieve, tan rojo como la sangre y tan negro como la madera de este marco...». Al poco tiempo tuvo una hijita tan blanca como la nieve, tan sonrosada como la sangre y con los cabellos tan negros como el ébano, por lo que fue llamada Blancanieves. Y al dar a luz murió la reina.

Pasado el año, tomó el rey de nuevo esposa. Era ésta una mujer hermosa aunque arrogante y presumida, que no podía soportar que alguien la superase en belleza. Poseía un espejo maravilloso, y cuando se miraba en él, decía:

-Espejito, espejito que me ves,
la más hermosa de todo el reino,
dime, ¿quién es?

A lo que respondía el espejo:

-Reina, de todo el reino sois vos la más hermosa.

Y se quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía la verdad.

Pero Blancanieves crecía y se hacía cada vez más bella, y cuando cumplió siete años era tan bella como la luz del día y más que la misma reina. Y una vez, cuando ésta le preguntó a su espejo:

-Espejito, espejito que me ves,
la más hermosa de todo el reino,
dime, ¿quién es?,

el espejo respondió:

-¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda era!,
ahora Blancanieves mil veces os supera.

Entonces se asustó la reina y se puso enferma de envidia; desde ese momento, cada vez que veía a Blancanieves se ponía negra, pues tal era el odio que sentía por la muchacha. La envidia y el despecho fueron creciendo en su corazón como la mala hierba, hasta que no llegó a tener ni un minuto de descanso, ni de día ni de noche. Entonces mandó llamar a un cazador y le dijo:

-Llévate a la niña al bosque; no quiero volverla a ver. La matarás y me traerás, como prueba, sus pulmones y su hígado.

Obedeció el cazador y se la llevó, y ya había sacado el cuchillo de monte y se disponía a traspasar el inocente corazón de Blancanieves, cuando la niña se echó a llorar y le dijo:

-¡Ay, querido cazador, déjame vivir!; me quedaré en el bosque y no regresaré nunca.

Y como era una niña preciosa, el cazador se compadeció y dijo:

-Vete, pobre niña, vete.

«Las fieras pronto daran cuenta de ella», pensó y, sin embargo, sintió que se quitaba un gran peso de encima al no tener que matarla. Y como acertase a pasar en ese momento un cachorro de jabalí, lo mató con su cuchillo, le sacó pulmones e hígado y se los llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que cocerlos con sal, y la pérfida mujer se los comió, creyendo que eran los pulmones y el hígado de Blancanieves.

Y la pobre niña se quedó en el inmenso bosque sola y desamparada, tenía tanto miedo que se quedó mirando las hojas de los árboles sin saber qué hacer. Luego echó a andar, caminando sobre las puntiagudas piedras y las espinas, y las fieras pasaban a su lado sin hacerle nada. Caminó mientras sus piernas la sostuvieron, hasta que empezó a oscurecer; entonces vio una pequeña casita y entró en ella a descansar. En la casita todo era diminuto pero tan bonito y limpio que no se podía pedir más. Había una mesita cubierta con un mantelito blanco, y sobre la mesita había siete platitos, cada uno con su cucharita, y además siete cuchillitos, siete tenedorcitos y siete vasitos. Junto a la pared se encontraban dispuestas, una junto a otra, siete camitas cubiertas por sábanas tan blancas como la nieve.

Blancanieves, como tenía hambre y sed, comió de cada platito un poco de verdura y pan, y bebió de cada vasito un sorbo de vino; pues no quería quitárselo todo a uno. Después, como tenía sueño, fue echándose en las camitas, pues ninguna era de su medida: una era muy larga, otra muy corta, hasta que la séptima le vino bien; y en ella se quedó, se encomendó a Dios y se durmió.

Cuando se hizo de noche llegaron los dueños de la casita: eran siete enanitos que cavaban y horadaban los montes buscando minerales. Encendieron sus siete lamparitas y, al iluminar la casita, vieron que alguien había estado allí; pues nada se encontraba tal como lo habían dejado.

Dijo el primero:

-¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo:

-¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

-¿Quién ha cortado un trozo de mi panecito?

El cuarto:

-¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto:

-¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

-¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

El séptimo:

-¿Quién ha bebido de mi vasito?

Luego el primero miró alrededor y, viendo que en su cama había un ligero hundimiento, dijo:

-¿Quién se ha echado en mi camita?

Acudieron presurosos los demás y exclamaron a la vez:

-También alguien se ha echado en la mía.

Pero el séptimo, al examinar la suya, descubrió a Blancanieves dormida en ella. Entonces llamó a los demás, que se acercaron corriendo y gritaron llenos de admiración; trajeron luego sus siete lamparitas e iluminaron a Blancanieves.

-¡Oh, Dios mío!; ¡oh, Dios mío! -exclamaban-; ¡qué preciosidad de niña!

Y fue tal su alegría que decidieron no despertarla, sino dejarla dormir en la camita. Y el séptimo enanito durmió con sus compañeros, una hora con cada uno de ellos; y así transcurrió la noche.

Al clarear el día se despertó Blancanieves, y, al ver a los siete enanitos, se asustó; pero ellos la saludaron cariñosamente y le preguntaron:

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Blancanieves -respondió ella.

-¿Y cómo has llegado a nuestra casa? -siguieron preguntando los enanitos.

Entonces les contó que su madrastra había dado orden de matarla, pero que el cazador le había perdonado la vida y ella había estado andando durante todo el día, hasta que, al fin, encontró la casita. Dijeron entonces los enanitos:

-Si quieres cuidar la casa, cocinar, hacer las camas, lavar, remendar la ropa y tenerlo todo en orden, podrás quedarte con nosotros y nada te faltará.

-Sí -dijo Blancanieves-; lo haré de todo corazón.

Y Blancanieves se quedó a vivir con los enanitos, arreglándoles la casa: por las mañanas se iban ellos al monte en busca de hierro y oro; por las tardes regresaban, y entonces tenía que estar preparada la comida. Durante el día se quedaba sola la niña; por eso los buenos enanitos le advirtieron:

-Cuidate de tu madrastra; pronto sabrá que te encuentras aquí; no dejes entrar a nadie.

Però como la reina creía haberse comido el hígado y los pulmones de Blancanieves, sólo pensaba en que era de nuevo la más hermosa: así que se puso frente al espejo y dijo:

-Espejito, espejito que me ves,
la más hermosa de todo el reino,
dime, ¿quién es?

A lo que respondió el espejo:

-¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda era!,
ahora Blancanieves,
allá entre los siete montes,
con los siete enanos,
en mil veces os supera.

Entonces se asustó porque sabía que el espejo sólo decía la verdad, y comprendió que el cazador la había engañado y que Blancanieves vivía aún. Y pensó de nuevo en la manera de matarla, pues mientras no fuese la más hermosa de todo el reino la envidia no le dejaría vivir tranquila ni un solo instante. Y al fin se le ocurrió algo, y se tiñó el rostro y se vistió como una vieja vendedora, quedando totalmente irreconocible. Con ese disfraz marchó por las siete montañas hasta llegar a la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y preguntó:

-¡Buena mercancía vendo!, ¡vendo!

Blancanieves se asomó a la ventana y la llamó:

-¡Buenos días, buena mujer!, ¿qué es lo que vendéis?

-Buena mercancía, preciosa mercancía -respondió-: cintas de todos los colores.

Y sacó una tejida con sedas de colores.

«A esta honrada mujer puedo dejarla entrar», pensó Blancanieves; y abrió la puerta y le compró la bonita cinta.

-¡Oh, niña, qué guapa eres! -dijo la vieja-; ven, que voy a ponerte la cinta.

Blancanieves no sospechaba nada: inclinó la cabeza y dejó que le pusiese la cinta; pero la vieja le echó rápidamente la cinta al cuello, le hizo un nudo y apretó tan fuertemente que a Blancanieves se le cortó la respiración y cayó como muerta al suelo.

-Bien, conque fuiste la más hermosa -dijo la vieja, echando a correr.

Al poco rato, a la hora de la cena, volvieron los siete enanitos a casa; y cómo se asustaron al encontrar a su querida Blancanieves en el suelo, tan inmóvil que parecía muerta. La levantaron, y al ver que el nudo la estaba ahorcando, cortaron la cinta; entonces la niña empezó a respirar y fue reanimándose poco a poco. Cuando los enanitos supieron lo ocurrido, dijeron:

-La vieja vendedora no era otra sino la maldita reina. Ten cuidado y no dejes pasar a nadie cuando no estemos contigo.

Pero la mala mujer, de vuelta a palacio, fue a mirarse al espejo y preguntó:

-Espejito, espejito que me ves,
la más hermosa de todo el reino;
dime, ¿quién es?

Entonces el espejo respondió como de costumbre:

-¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda era!,
ahora Blancanieves,
allá entre los siete montes,
con los siete enanos,
en mil veces os supera.

Al escuchar esto se pegó tal susto que el corazón le dio un vuelco en el pecho, pues comprendió que Blancanieves había vuelto a la vida.

-Pues ahora -dijo-, voy a idear algo que te aniquile.

Y con unas brujerías que conocía preparó un peine envenenado. Entonces se disfrazó de otra vieja mujer. Así caminó por los siete montes hasta la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y pregonó:

-¡Buena mercancía vendo!, ¡vendo!

Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

-Sigue tu camino, que no debo abrirle la puerta a nadie.

-Pero podrás ver la mercancía -dijo la vieja.

Y, sacando el peine envenenado, lo mantuvo en alto. A la niña le gustó tanto que se dejó convencer y abrió la puerta.

Cuando se pusieron de acuerdo en el precio, dijo la vieja:

-Ahora voy a peinarte como es debido.

La pobre Blancanieves no sospechaba nada y se sometió al deseo de la vieja; pero apenas había metido ésta el peine entre su cabello, cuando el veneno empezó a actuar y la niña cayó al suelo sin sentido.

-¡Tú, dechado de belleza! -dijo la pérfida mujer-; ahora sí que estás muerta.

Y se marchó a su palacio. Pero por fortuna pronto se hizo de noche y los siete enanitos volvieron a su casa. Al ver a Blancanieves en el suelo y como muerta, sospecharon inmediatamente de la madrastra; buscaron la causa y encontraron el peine envenenado; y nada más encontrarlo Blancanieves volvió en sí y les contó lo ocurrido. Entonces le dijeron que estuviese sobre aviso y que no volviera a abrir la puerta a nadie.

La reina, al llegar a palacio, se colocó frente al espejo y dijo:

-Espejito, espejito que me ves,
la más hermosa de todo el reino,
dime, ¿quién es?

A lo que el espejo respondió como la vez anterior:

-¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda era!,
ahora Blancanieves,
allá entre los siete montes,
con los siete enanos,
en mil veces os supera.

Cuando oyó hablar así al espejo, se estremeció y tembló de rabia.

-Blancanieves morirá -gritó- aunque me cueste la vida.

Y a continuación se metió en un oculto y aislado aposento, que sólo ella conocía, y preparó una manzana envenenada. Por fuera se veía tan apetitosa, tan blanca y tan sonrosada, que quien la viese tendría que sentir deseos de morderla; pero quien comiese un solo trocito, moriría. Cuando la manzana estuvo preparada, se tiñó el rostro y se disfrazó de

campesina, y así marchó por los siete montes hasta la casa de los siete enanos. Tocó a la puerta y Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

-No puedo abrir la puerta a nadie; los siete enanitos me lo han prohibido.

-Como quieras -respondió la campesina-; ya venderé en otra parte mis manzanas. Toma, te regalo una.

-No -dijo Blancanieves-, no puedo aceptar nada.

-¿Temes que esté envenenada? -preguntó la vieja-; mira, voy a cortar una manzana en dos partes; la parte roja es para ti, y la blanca me la comeré yo.

Pero la manzana estaba preparada de tal suerte que sólo la parte roja tenía veneno. La espléndida manzana despertó el apetito de Blancanieves y, al ver que la campesina comía de ella, no pudo resistir la tentación por más tiempo, sacó la mano y cogió la mitad envenenada. Pero nada más llevarse un trocito a la boca cayó muerta al suelo. La reina la observó entonces con pérfida mirada y, riéndose a grandes carcajadas, dijo:

-¡Blanca como la nieve, roja como la sangre, negra como el ébano!: esta vez no podrán despertarte los enanos.

Y cuando, al regresar a palacio, le preguntó al espejo:

-Espejito, espejito que me ves,
la más hermosa de todo el reino,
dime, ¿quién es?

Éste respondió al fin:

-Reina, de todo el reino sois vos la más hermosa.

Entonces descansó su envidioso corazón todo lo que puede descansar un corazón envidioso.

Los enanitos, cuando llegaron por la noche a su casa, encontraron a Blancanieves en el suelo, no respiraba y estaba muerta. La levantaron y buscaron algo venenoso, le desa-

brocharon el cinturón, peinaron sus cabellos, los lavaron con agua y vino, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: su querida niña estaba muerta y muerta siguió. La pusieron en un féretro, se sentaron alrededor y la lloraron tres días seguidos. Luego la quisieron enterrar pero todavía se veía tan lozana como si estuviese viva y conservaba sonrosadas sus hermosas mejillas. Dijeron:

-No podemos enterrarla en la negra tierra.

E hicieron un sarcófago transparente de cristal, en el que se podía mirar por todos los lados; la colocaron dentro y grabaron por fuera con letras doradas su nombre señalando que era una princesa. Entonces colocaron el sarcófago en la cima de un monte y uno de ellos se quedaba siempre haciendo guardia. Y los animales también vinieron a llorar a Blancanieves; primero un búho, luego un cuervo, finalmente una palomita.

Así yació Blancanieves en el sarcófago durante mucho tiempo, y como no se descompuso parecía sólo estar durmiendo, pues todavía era blanca como la nieve, roja como la sangre y tenía aún sus cabellos negros como el ébano. Y he aquí que un príncipe se perdió en el bosque y llegó a la casa de los enanitos para pasar la noche. Vio el sarcófago en la montaña y a la hermosa Blancanieves dentro, y leyó lo que estaba escrito con letras de oro. Entonces dijo a los enanitos:

-Dejadme el sarcófago; os daré por él lo que queráis. Pero los enanitos respondieron:

-No os lo daremos ni por todo el oro del mundo.

-Regaládmelo entonces -dijo el príncipe-, pues no podré vivir sin contemplar a Blancanieves. Quisiera honrarla y respetarla como a mi ser más querido.

Al oírle hablar así, los buenos enanitos se compadecieron del príncipe y le dieron el sarcófago. El príncipe ordenó a sus lacayos que lo llevaran sobre sus hombros. Entonces ocurrió que tropezaron con un arbusto y, con la sacudida, Blancanieves vomitó el trocito de manzana que había comido. Y al rato abrió los ojos, levantó la tapa del sarcófago, se incorporó y revivió otra vez.

-¡Oh, Dios mío!; ¿dónde estoy? -exclamó.

El príncipe le dijo lleno de alegría:

-Estás conmigo.

Y, contándole lo que había sucedido, añadió:

-Te quiero más que a nada en el mundo. Ven conmigo al palacio de mi padre y serás mi esposa.

A Blancanieves le pareció bien y se fue con él, y la boda fue celebrada con gran pompa y lujo.

Pero a la fiesta también fue invitada la maldita madrastra de Blancanieves.

La madrastra se puso un hermoso vestido, se colocó ante el espejo y preguntó:

-Espejito, espejito que me ves,
la más hermosa de todo el reino,
dime, ¿quién es?

Y el espejo respondió:

-¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda era!,
ahora la joven reina mil veces os supera.

Entonces la malvada mujer lanzó una maldición y sintió tanto miedo, tanto miedo, que no supo qué hacer. Primero no quería ir a la boda; pero la curiosidad no le dejó un instante de reposo: tenía que ir y ver a la joven reina. Y al llegar reconoció a Blancanieves y, de miedo y espanto, se quedó petrificada ante ella. Pero ya estaban preparados sobre el fuego los zapatos de hierro, que fueron traídos con tenazas y calzados en sus pies. Entonces tuvo que ponerse los zapatos incandescentes y bailar y bailar hasta caer muerta al suelo.